



ATARDECER EN EL JARDÍN

Francisco Javier Puchol Rodrigo (Comunidad Valenciana)

El hombre era alto y tan flaco que parecía siempre de perfil. La vejez era cruel y sádica. Iba destruyendo lentamente el cuerpo de su víctima, sin piedad. El hombre, Pedro, siempre había sido delgado, pero ahora había llegado hasta un punto crítico. El sol se ponía y la antitética luna de plata ocupaba ya su lugar.

¿Qué importaba el atardecer cuando te estabas muriendo?

Los hijos de Pedro lo habían instalado en una residencia para ancianos. Aquél era un acto despiadado. Quizá el edificio estuviese pintado con colores alegres y vivos y, a la vez, decorado con todo tipo de plantas y cuadros, pero dentro de la residencia olía a putrefacción.

Además, Pedro se deprimía en aquella estancia. La gente de allí era incapaz de sostener una conversación congruente. Recordaba cuando, al preguntarle el nombre a una mujer, ésta había empezado a contar hasta diez. Definitivamente, aquello parecía un manicomio.

Se asomó a la ventana para contemplar absorto la bóveda celeste tintada de un rojo amoratado y el sincronismo del astro y el satélite que la recorrían parsimoniosamente. La belleza del cielo inundó de tal forma la visión de Pedro que, por unos momentos, sintió una leve opresión en el pecho y le pareció que el aire no le llegaba a los pulmones.

El atardecer acaecía sobre el jardín de la residencia. Lirios, amapolas, pensamientos, nomeolvides, camelias y otras variedades de flores en sus respectivas macetas formaban una mezcolanza de variopintos colores y formas. De repente, Pedro encontró en aquel jardín la solución a sus problemas.

Hacía poco que habían despedido al jardinero. Al parecer, era alcohólico y, cuando estaba ebrio, empezaba a gritar como un descosido y molestaba a los ancianos.

Pedro bajó a trompicones por las escaleras. Mientras cruzaba el pasillo, pudo oír una extraña letanía. Supo que era Marcial, un señor interno en la residencia que se pasaba el día hablando en un lenguaje indescifrable. Fue fácil convencer a los enfermos; ahora él era el nuevo jardinero.

Pedro acabó encariñándose con las plantas. Les narraba todas sus penurias a falta de oídos humanos dispuestos a escucharlas. Y cada día Pedro se encontraba mejor. Más sano, más robusto y más feliz. Fueron transcurriendo los años.

La pesadez de sus extremidades fue reduciéndose. Su vista y su oído mejoraron notablemente. Cada vez se desplazaba con mayor agilidad. Aquella lenta evolución era inexplicable. Y lo más extraño fue cuando, al hacerle una revisión médica, el doctor le comunicó sorprendido que su aparato excretor, antes gravemente atrofiado, era ahora inmejorable.

Al mismo tiempo, el jardín de la residencia fue convirtiéndose en un vergel gracias a los cuidados de aquel alegre jardinero. Los colores de los pétalos nunca antes habían refulgido con tanta intensidad, el verde brillante de otras plantas fue incluido en el jardín y toda la residencia experimentó una oleada de euforia provocada por aquella explosión de colorido y perfume.

Lentamente, los ancianos a los que veía en la residencia fueron desapareciendo. Sus canas se volvieron rubias. Sus arrugas se alisaron. Se

encontró con que ya no era un hombre de la tercera edad enclenque y feo, sino una persona lozana y fresca.

Aquel disparatado suceso no podía ser obra del ejercicio físico diario. Decidió pensar que su mejora se debía a que algún perfume vegetal tenía efector rejuvenecedores.

Alberto y Cristina dedicaron unos minutos de silencio al difunto.

- Y pensar que sólo han pasado cuatro años... - dijo Alberto, el hijo de Pedro.

- Aún me acuerdo de cuando las enfermeras nos relataron la muerte de tu padre. Dijeron que estaba mirando desde una ventana el atardecer cuando le dio el infarto. - comentó Cristina mirando la tumba.

- Bueno - susurró Alberto - ahora seguro que está en un lugar mejor.